



# , detrás de los libros

ápiz.  
s al psicólogo. Pues parece que  
do supone una estrategia y un  
ayéutica de Sócrates y de Freud.  
segundo grado nos llevaría muy

por donde adelanta la creación. La provocación en apariencia más desdeñable puede haber determinado hasta la idea de una obra. A lo mejor resulta que a Baltasar de Alcázar se le ocurrió escribir *La cena* por aquello de *«La cena de Baltazar»*. León Daudet cuenta que su padre tuvo la inspiración de *La arlesiana* oyendo una tarde, por la Camargue, a dos mujeres que gritaban el nombre de *«Federico»*, una en tono grave, y la otra en tono agudo. Stravinsky tuvo la primera idea de cierto motivo de *Las nupcias* oyendo, en Madrid, un caño descompuesto.

En alguno de los volúmenes de Jules Romains, *Los hombres de buena voluntad*, asistimos a la gestación de un poema por juego casi automático de asociaciones verbales, y conforme a la relojería interior del personaje: desde que abre el diccionario sin saber lo que se propone y se deja deslumbrar por una palabra atractiva, hasta que traza el último verso, habiendo ya cedido al vapor de ideas que poco a poco parecieron exhalar de sí las palabras; las palabras unas a otras evocadas, como en los gritos de la niña Eco, y apenas sometidas aquí y allá a una criba de selección, de acuerdo con una guardia previa de que iba dando señales aquel florete o aquella antena

que tiembla en el espíritu.

Pues bien, nuestra operación sería la inversa: consistiría en desandar ese camino; en comenzar por el poema -boca del embudo de Bergson, en sus disquisiciones sobre la materia y la memoria- y marchar hacia atrás desanudando los procesos de que el poema viene a ser como el lazo último. Y nótese todavía que el caso artificialmente propuesto por Jules Romains -donde se ha escogido, pastorianamente y con su tanto de sátira, una sola manera de proceso, higienizado y purgado previamente de provocaciones sentimentales y en trance auténtico de *«poesía pura»*- dista mucho de las complejidades de cualquier caso real. Porque, en los casos reales, sobre la capa de lo puramente literario hay siempre un precipitado de motivos humanos, como una flora cuyas más compactas legiones se hunden hacia lo ultramicroscópico, lo invisible lo subconsciente.

Además, al analizar la página propia en la perspectiva de la distancia, el autor difícilmente podría defenderse de la tentación de introducir especies o juicios de una etapa posterior, de la etapa en que se hace el análisis, que no corresponden ya a la etapa anterior en que se escribió dicha página: en suma, que el autor se juzgará y se corregirá a sí mismo, conscientemente o sin darse cuenta de que así lo hace. Y esta operación fabulatoria enturbiará, al menor descuido, la operación principal que le hemos propuesto.

El autor se plantaría frente a su propia página armado de interrogaciones y sin saber lo que va a encontrar, como frente a un criptograma. Tal ejercicio sería una lección práctica de estilo. ¿Lo ha ensayado alguno? ¿Se ha atrevido alguno a emprender una exhibición tan heroica? Aunque nadie puede sustituirse a una conciencia ajena, figuremos lo que daría este procedimiento aplicado, por ejemplo, a un pasaje de Cervantes. Esto sí que equivaldría a descubrirle la oculta traza, que algún loco quiso encontrar rehaciendo, con las letras de cada frase del Quijote, otra frase distinta. Y en rigor, todo comentario sobre una obra aspira, como meta ideal, a reconstruir todo el juego de motivos que determinó o acompañó siquiera la creación de la obra. Véase, como ejemplo de los extravíos a que puede conducir este furor exegético -este empeño de restablecer por cuenta propia la génesis de un poema ajeno-, lo que hizo Pellicer con Góngora, a vueltas de uno que otro dato útil que sobrenada entre aquel tenebroso mar de las Lecciones solemnes. Una vez lanzados a este análisis, nada podría compensarnos del silencio de los poetas. Y los poetas prefieren, en general, abandonar al lector a sus propios brazos, para que nade y alcance la orilla como pueda. Que por lo demás, para apreciar la obra nada nos interesa el andamio. Esa curiosidad técnica es asunto de aprendizaje y de estudio, no de apreciación humana definitiva.

